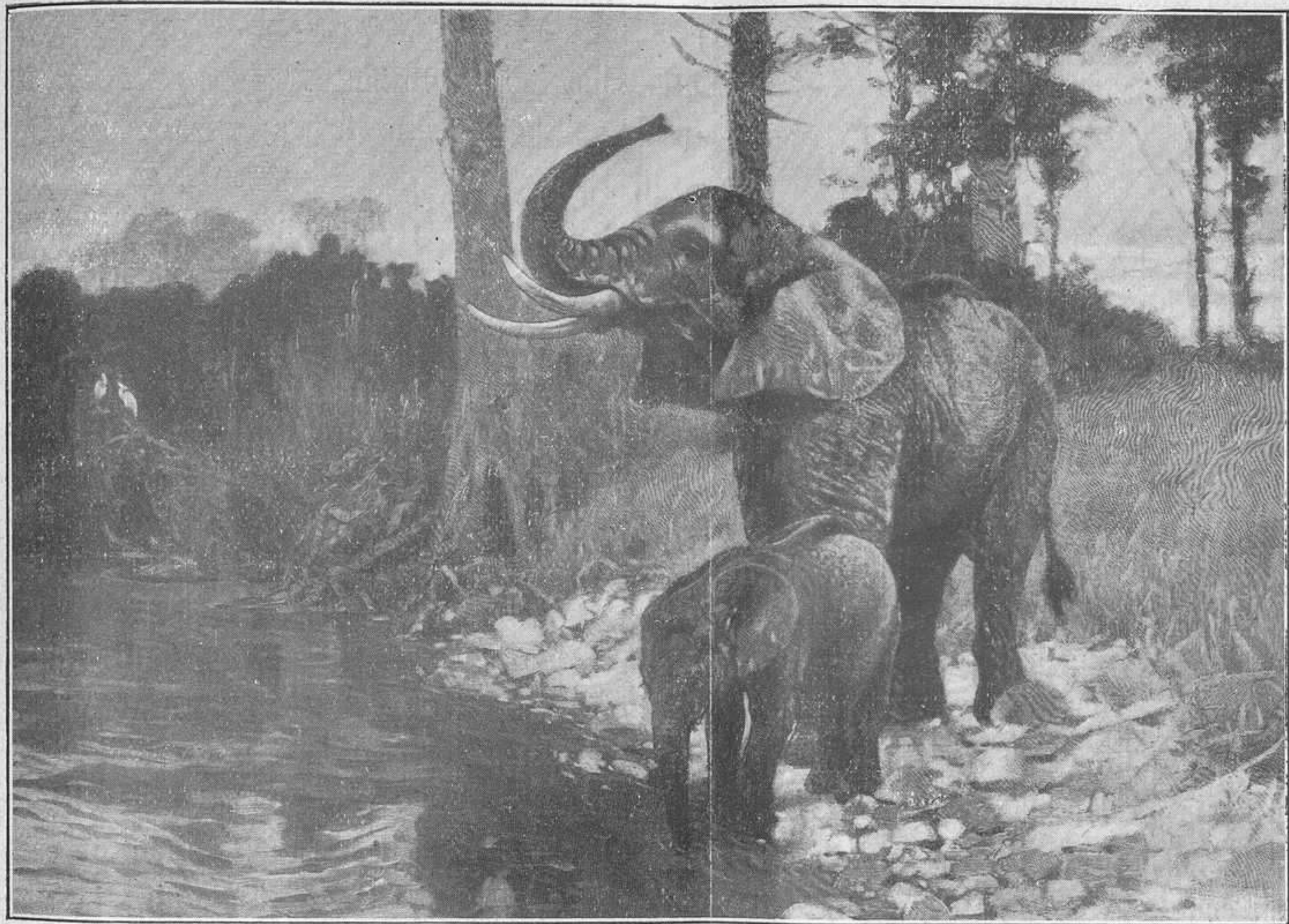


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 1 DE MAYO DE 1932

NÚMERO 18



¿Cómo llegan los elefantes a la Casa de Fieras?

Un joven oficial de las tropas coloniales, que estaba con licencia en su país, llevó como regalo al director del Jardín Zoológico unos monos de la selva virgen de la América del Sur. El regalo fué recibido con gratitud, pero al referirle el oficial cómo se cazaban los elefantes en la colonia del Camerón, el director le dijo:

—Si usted algún día me trae para la

casa de fieras un elefante, me causará un placer extraordinario y será usted recibido con grandes honores.

El oficial prometió hacer lo posible. Sabía que no sólo en la India, desde tiempos remotos, cazaban y domaban elefantes, sino que también los cartagineses, y más tarde los romanos, habían empleado elefantes en la guerra. No era probable que el elefante afri-

cano hubiera cambiado de naturaleza desde aquellos tiempos y que fuera imposible domarle.

Habiendo regresado el oficial al Camerón, hizo saber a todos los caciques, o sea a los jefes de las tribus indígenas que vivían cerca de su guarnición, que premiaría espléndidamente a todo aquel que le trajera vivo un joven elefante o que le indicara dónde se hallaba alguna manada. En este caso el cacique y su gente no sólo recibirían la carne de los elefantes matados, sino también el marfil precioso de sus colmillos. Esto, en efecto, era un premio muy ansiado, pero a los indígenas les parecía imposible poder alcanzarlo. Ya suponía una gran hazaña matar un elefante; pero cazar uno vivo les parecía un capricho loco del "Cata-Cata". Este nombre, que en español significa algo así como un tío antipático, se lo habían puesto los indígenas al oficial porque exigía un servicio riguroso y no les dejaba pasar ninguna falta de puntualidad o de orden.

Una mañana temprano le despertó su criado Atlang con la noticia de que el cacique había cercado una manada de elefantes, y entre ellos unos cuantos pequeños. Saltó de la cama en seguida, y los tres hombres, casi desnudos, que habían venido para informarle de todo, le refirieron que eran unos trece elefantes, entre ellos cuatro pequeños; pero que su jefe le rogaba que viniera lo antes posible, por ser muy difícil tener reunidos por mucho tiempo a esos enormes animales.

El oficial comprendió que no había que perder un solo momento. Pronto

estaban hechos los preparativos necesarios, y al salir el sol ya estaban en camino con algunos soldados de la guarnición y los mozos encargados de llevar las provisiones más precisas, los regalos y los géneros de cambio. Rápidamente cruzaron el país en dirección al Este, y a las dos de la tarde se acercaban a la región de donde habían recibido el aviso. Allí todo el mundo estaba en movimiento. Todos se dirigían hacia el mismo lugar; pero el oficial los adelantaba con su gente, caminando a marcha forzada. La noticia de la caza se había extendido por la comarca entera. El cacique había convocado a su gente haciendo sonar los tambores por todas partes, y habían acudido desde muy lejos, porque la esperanza de tener abundancia de carne era un atractivo muy poderoso para los indígenas.

Poco a poco, el llano que tenían que atravesar se convierte en terreno montañoso; después de una marcha de diez horas, el oficial, con sus soldados, llega al claro de un bosque, donde el cacique le saluda. Radiante de alegría, refiere que los animales están cercados en un valle, allí cerca. Un arroyo que atraviesa el valle se ha desbordado y ha convertido el terreno en un pantano lleno de cañaverales y arbustos: un verdadero paraíso para los elefantes.

(Continuará.)

El amor a los niños y las flores son amores tan dignos de los cielos que son, tal vez, los únicos amores que se pueden tener sin sentir celos.

Cómo el Niño Jesús visitó al pequeño Uco

(Conclusión.)

¡Anita también quería ver cangrejos! En ninguna parte cangrejos colorados, solamente siempre fango feo gris. Anita no ha visto cangrejos bonitos por ningún lado.

Todos se echaron a reír. “No, tontina, cangrejos cocidos no viven en el agua, los cangrejos vivos son de un color gris, como el fango donde viven.”

Pero ahora los niños se volvieron con interés hacia el pequeño salvador, que estaba al punto de marcharse silenciosamente.

—¡Alto, quédate aquí!—dijo Eduvigis, y cogió al pequeño héroe por el brazo—. Por lo pronto cuéntanos quién eres tú y dónde vives, morenito. Nuestros padres no nos perdonarían nunca si dejásemos escapar al salvador de nuestra querida niña. Así, pues, habla:

Cuando el pequeño Uco hubo contado en pocas palabras su vida y sus penas, terminó diciendo:

—Yo estoy solo, yo tengo hambre.

Todos alrededor de él estaban profundamente emocionados.

—¿Quién no ha comido todavía su bocadillo? ¡Que lo saque!, dijo Eduvigis, y sacó el suyo. Un momento después Uco tenía en sus manos varios exquisitos bocadillos, los que comió con ansia.

—Y ahora a casa pequeños, para que Anita, que está completamente calada, no se constipe. Hemos cogido bastantes cangrejos, pues, vámonos.

—Tú muchacho, vente con nosotros, para que nuestros padres te puedan dar las gracias personalmente por la vida de nuestra niña. Todos te estamos profundamente agradecidos.

Así ocurrió, que Uco se encontraba ya por la noche en la casita con los demás niños. Muy conmovida y agradecida le había acariciado la madre, pasándole suavemente la mano por su pelo negro, y el padre solamente había dicho:

—El niño se queda.

Muy de mañana habían salido para hacer una sepultura a la anciana a los pies de los grandes árboles del bosque. Una modesta cruz de madera, hecha por los criados, adornaba el lugar de descanso de la anciana india, y los niños echaban una multitud de flores sobre la solitaria tumba.

El caballito pastaba ahora al lado de la vaca de sus nuevos amos, en un hermoso prado, y también el pequeño Uco se había tenido que acostumbrar a una vida más reglamentaria. Al principio le costó mucho trabajo. Había tenido que apretar los dientes para no gritar cuando le metían en el baño y le lavaron y restregaron fuertemente, y le cortaron el pelo, limpiándole al mismo tiempo su cabeza.

Después se había paseado con unos pantalones que le estaban algo grandes y veía, por primera vez en su vida, los juegos infantiles, en los cuales pronto él debía tomar parte. Poco a poco fué aprendiendo su primera oración y a cruzar sus manecitas, y sus ojos, maravillados, veían las incansables olas del Océano chocar contra las rocas. Uco

estaba satisfecho y limpio. ¿Pero era tan feliz, como cuando vivió en la soledad de la selva?

¡Hoy era un día especial, lleno de misterios y milagros para él! Habían adornado la sala grande de la casita con altos helechos. Olía a manzanas y a fresas recién cogidas. De la cerrada cocina salía el olor de ricas pastas a las narices de la gente menuda.

A Eduvigis, que ya era más juiciosa le costaba trabajo apaciguar la impaciencia de los ánimos exaltados de los pequeños. Había estado en la playa hasta que brillaron las primeras estrellas y la voz de la madre les llamó a casa.

Mucha luz salió a través de las ventanas, iluminando los árboles más cercanos y enviando sus rayos hasta la orilla del mar. En medio de la habitación había un árbol de Navidad esparciendo la brillante luz de sus muchas velas. Su claro brillo llenaba de luz y alegría los corazones de todos. Variados regalos aparecieron sobre el blanco mantel de la mesa. A los pies del árbol habían puesto sobre el verde musgo figuritas y corderitos formando un nacimiento.

Uco estaba admirado y, en parte, cohibido, pero de pronto abrió sus brazos, y prorrumpió en un grito de júbilo. ¡Debajo del árbol estaba María y tenía entre sus brazos el Niño Jesús, y el dedito parecía llamar y saludarle!

—Ha venido el Niño del Cielo—exclamó Uco con infinito gozo.

Entonces la madre le abrazó y le dijo:

—Sí, el Salvador ha venido a nos-

otros; el niño celeste viene con los niños de la tierra.

De claras voces infantiles salían antiguos y preciosos himnos de Navidad, esparciendo alegría, como las luces del árbol. Penetraban en el silencio y la oscuridad de la selva virgen y se elevaban hacia el Cielo estrellado y hacia el trono de Dios.

Nunca ha olvidado Uco esta primera Navidad. Había venido para él el Niño Jesús, el querido Niño Celestial, porque él, en su profunda angustia le había llamado. El sentía que el dedo del Salvador le había conducido, de tristeza y soledad, al gozo y paz; de la oscuridad del bosque y la incertidumbre a la luz del sol y a un profundo conocimiento de Dios.

LA VIDA

Cae una piedra en las tranquilas aguas del anchuroso lago, y un ondulante círculo se forma que se va poco a poco dilatando.

Y aquella ondulación, que al lago [agita, se desvanece al fin sin dejar rastro, mientras la piedra sepultada yace entre las algas que le abrieron paso.

Algo muy parecido es la existencia del triste ser humano: cuerpo que cae por impulsión divina en el lago del mundo, breve rato una ligera ondulación producen los sueños de su espíritu, y al cabo, la ondulación se borra para siempre y el cuerpo queda en ceno sepultado.